HOMBRES DE ESPAÑA

ANTONIO MACHADO

I

Todos tenemos "nuestros clásicos". Pero ¿qué debe llegar a ser un clásico —un artista, en general— para ser "nuestro"? Pues clásico "nuestro" será aquel —de cualquier época— que nos haga pensar mejor, que nos ayude a vivir espiritualmente mejor, dentro de nuestra zona de pensamientos, de vehemencias, de voluntades.

Escritor "clásico" equivale a escritor ya "clasificado", encasillado, embalado para la posteridad. Pero hay quien se está quietecito en su nicho, hecho un petulante icono, hecho un ídolo de mármol, y hay quien no se resigna a la inmovilidad y asoma frecuentemente la cabeza, hace guiños, es un manojo de estímulos, llama al aturdido transeúnte para decirle:

—Aunque me ves aquí, embalsamado, hecho una dorada momia, sigo viviendo. No me parte un rayo, aunque sea el del más olímpico Zoilo. Quiero serte útil.

Porque hay clásicos vivos y clásicos muertos. Alguna vez se llamó "olvidados" a los segundos. Y se quiso resucitarlos, pero inútilmente: se vió que estaban muy bien muertos. Los pueblos hacen —en general— justicia . . .

II

Quiero hoy poner al lector en contacto con un "reciente" clásico: con Antonio Machado. Periódicamente se reeditan sus "Poesías completas", periódicamente hay que releerlas y admirarlas. Aun en plena producción, Antonio Machado vivía ya en la gran época sin término. Es de ayer, de ahora y de siempre. Porque sus versos nunca se han precipitado a "seguir la corriente" ajena, sino al hondo cauce por donde eternamente fluye el gran lirismo.

Y el gran lirismo específicamente español. Grave, sereno, religioso . . . Con la profunda religión de las almas poco o nada avenidas con lo efímero. Dueño de unas formas resistentes, pero flexibles, dóciles al pulso, acusadoras de la más leve inquietud del espíritu. Transparentes, como si no existiesen. Frenos de oro diáfano para vehemencias, para torbellinos potentes.

El verso de Antonio Machado conducía —conduce— el pensamiento poético más ardoroso, sin miedo a catástrofe alguna. Firme, gallardo, sin zozobras. La borrasca interior la vimos siempre convertida en lluvia de lentas imágenes que, en vez de fustigar, refrescan.

Verso desnudo de inútil quincalla, el de Antonio Machado. Austero, sobrio, como de gran cartujo del arte de sentir y escribir sus sentimientos. Su principal valor, la sencillez. El segundo, la serenidad. Pero es la suya una sencillez que pasó por todas las complicaciones sin enredarse en ellas. Y una serenidad de lago donde la vida arrojó no pocas piedras. No la serenidad virgen, insípida, de aquel a quien nunca perturban los hondos conflictos del amor y de la muerte. Sufrió, supo sufrir con la serenidad de una estatua, ¡cómo lo recordamos, en aquellos últimos días de 1938! No lo vimos más. La guerra lo dió de baja, pero lo dió de alta —para siempre— la gloria.

III

Alguna vez se dijo que arte clásico debe ser el producto de dos factores: un gran tema y un gran potencial poético. Del choque de ambos brota la obra clásica.

Antonio Machado representa en las letras españolas uno de los más ricos potenciales líricos. Y sus versos lograron tropezar con un tema inagotable, el amor. ¿Qué clase de amor? El amor a todo lo amable. A la mujer y al campo. Al viento y al agua. A la luz que reaviva y a las sombras que en silencio claman, acariciando, adormeciendo.

Amor, también, a las ondulantes colinas de olivos andaluces, matices de suavidad, y a las foscas almenas castellanas, matices de agria altanería. Para lo dulce y sabroso, como para lo duro y áspero, tuvo Antonio Machado versos inolvidables. Rubén Darío acertó plenamente cuando dijo del autor de "Soledades":

"Fuera pastor de mil leones
Y de corderos a la vez.
Conduciría tempestades
O traería un panal de miel".

He aquí al poeta en vivaz equilibrio entre dos mundos, el de los leones y el de los corderos, el de la servidumbre y el de la grandeza, el de la dulzura y el de la cólera. Tal como sentían su difícil misión los antiguos profetas, así la sintió siempre Antonio Machado. El gran poeta debe estar en medio de todos los hombres, sin cuidarse mucho de sus banderas, regalando a los más necesitados su cosecha de altas verdades . . . El cumplió su deber hasta el último día. El pueblo recogió sus versos de moribundo. Nunca le faltaron en los momentos más crueles.

IV

La mujer, el campo, la rosa y el tronco. La naturaleza, un gran amor a cuanto de visible e invisible le rodea: he aquí el gran tema de Antonio Machado. El mismo autor nos lo dijo:

"En las épocas en que el arte es realmente creador no vuelve nunca la espalda a la naturaleza, y entiendo por naturaleza todo lo que aún no es arte, incluyendo en ella el propio corazón del poeta. Porque si el artista ha de crear, y no a la manera del dios bíblico, necesita una materia que informar o transformar, que no ha de ser —¡claro está!— el arte mismo. Porque existe una verdad, una forma de apatía estética, que pretende sustituir el arte por la naturaleza misma, se deduce, groserísimamente, que el artista puede ser creador prescindiendo de ella. Esa abeja que liba en la miel, y no en las flores, es más ajena a toda labor creadora que el humilde admirador de documentos reales, o que el consabido espejo de lo real, que pretende darnos por arte la innecesaria réplica de cuanto no lo es".

¡Cuántas veces hemos repetido: lo difícil no es crear de la nada, sino crear de lo que nos rodea! Y lo que nos rodea es eso: la naturaleza. Aun lo que más cerca se yergue ante nuestro propio espíritu vigilante, es decir, nuestra propia muchedumbre de vehemencias cordiales, nuestros apetitos que aullan reclamando una presa, toda nuestra vida que se encrespa alrededor de esa frágil torrecilla desde donde —siempre alerta— debe vigilar nuestro corazón.

También nosotros mismos somos naturaleza. (La psicología —ya se ha dicho y tal vez probado— no es precisamente filosofía, es una ciencia natural).

V

Cada edición de las "Poesías completas" de Machado nos traía alguna sorpresa. En las últimas, pudimos leer: "Otras canciones a Guiomar". Que comienzan así:

"¡Sólo tu figura
como una centella blanca
en la noche obscura!"

El poeta continuaba, hasta su muerte, perfilando sus sombras predilectas. La noche se fué espesando. Los años, la muerte, enturbiaron el paisaje . . . Pero el verso —siempre diáfano— dejaba pasar con igual nitidez luces y sombras, carne rosa y rizos sombríos, voz y silencio.

". . . En versos profundos—nos vuelve a decir Rubén Darío—cuyo secreto era de él. "Pero es nuestro el goce de —periódicamente— releerlos, escuchar su grave y honda música. Sentir su presencia de maestro y de amigo, como en aquellos últimos días —abrumadores— de 1938.

Benjamín JARNES.

COSAS VEREDES...

Política de apaciguamiento

Sobre los fascistas conversos que tienen la confianza o trabajan para el A. M. G. O. T. los periódicos "New Statesman" and "Nation", de Londres, y "PM" de los Estados Unidos, (6 de febrero de 1944) han dado la siguientes precisiones:

. . .—El señor Sovrano era el ex-Prefecto fascista de Nápoles. Durante la ocupación nazi de Nápoles el prefecto Sovrano colaboró con todo celo con los hitlerianos en la persecución de los antifascistas. Cuando los ejércitos de las Naciones Unidas se acercaron a Nápoles, Sovrano fué invitado a alejarse de la ciudad. Llegado a Bari, Sovrano fué mandado por Badoglio a Tarento como Prefecto.

Ginelli era Secretario de la Federación fascista de Bolonia durante y después de la expedición punitiva contra el maestro Toscanini. Convertido en héroe por aquella acción, le fué concedida una lucrativa sinecura en una Sociedad de Seguros. Ahora vive tranquilamente en Nápoles, bajo la protección del AMGOT como si nada hubiera sucedido.

Filipo Naldi se hizo célebre en el transcurso de la guerra anterior como aliado de Bolo Pascha, agente del Kaiser y editor de un periódico pacifista. Cuando la marcha fascista sobre Roma, las bandas de Mussolini incendiaron el local del periódico demócrata "Il Paese". Naldi compró a bajo precio el inmueble y la imprenta para editar "Il Nuovo Paese", periódico ultrafascista, en cuyas columnas empezó su carrera Ciano como crítico teatral. Naldi fué uno de los amigos íntimos de César Rossi, Secretario de Mussolini en el Ministerio de Gobernación. Director del "Popolo di Roma" en 1924, cuando el asesinato de Matteoti. Fué uno de los organizadores del crimen. No hay que olvidar que Matteotti debía entregar los nombres de los periodistas pagados en los fondos secretos. Cometido el asesinato, su amigo Rossi fué detenido bajo la presión popular. Naldi, asustado, se refugió en Francia. Filippo Naldi acaba de ser nombrado jefe de la prensa en Nápoles por el gobierno de Badoglio.

Nicola Sansanelli, ex-Secretario General del Partido Nacional Fascista, goza en la actualidad de una muy especial protección del AMGOT.

Guido Jung, diputado en la Cámara Fascista, Ministro de Hacienda de Mussolini, es en la actualidad Ministro de Hacienda de Badoglio.

El general Vincenzo Dapino mandaba las tropas italianas en la Riviera cuando, en noviembre de 1942, toda Francia fué ocupada por el Eje. Desde su Cuartel General en Menton, colaboró con los nazis en la persecución de los antifascistas franceses y en la represión de la revuelta popular. En la actualidad manda las tropas de Víctor Manuel y de Badoglio agregadas al Quinto Ejército donde, al lado de los americanos, ingleses y canadienses, se encuentra gran número de soldados italianos.

Raul de Lutzenberger, Secretario de los Sindicatos fascistas de Nápoles por designación de Mussolini, ha sido encargado por el AMGOT de resucitar la antigua organización obrera democrática.

La República única esperanza

"El régimen borbónico ha secado las fuentes de la vida nacional. Sin cuidarse de adquirir otras letras que las estrictamente precisas para no ser del todo analfabetos, Carlos IV y sus sucesores se obstinaron en ejercer el cargo más difícil y de más trascendencia en el Estado; y tal nos han puesto, que lejos de adelantar respecto de los tiempos de Cisneros, hemos retrocedido, siendo preciso tener por no acaecidos—si el mundo nos deja, cosa poco probable, porque no se trata ya de restablecer en la memoria un período histórico, sino de remontar en acción la corriente del tiempo— los seis últimos reinados de la dinastía por lo menos. Los servicios de ésta, el reverso de los del modelo: la nación rota, exangüe, africanizada; perdido para siempre un imperio colonial que abarcaba gran parte del planeta; una sangría de mil cien millones de pesetas por concepto de lista civil en sólo cien años, sin contar las guerras civiles dinásticas. Ahora, hablen ustedes cuanto quieran de los fueros, de la hospitalidad, de cortesía, civilidad y benevolencia, porque . . . ¡Es el jefe del Estado, personificación augusta de la Patria!

Por mi parte, nada más una observación, que no mira ya al pasado, sino a lo presente y a lo venidero. Se nos quiere hacer pasar por un pueblo suicida y sin dignidad, fanático de la dinastía, contento con irse a pique abrazado a ella, ¡que se siente a gusto en los establos del Augias borbónico, hartándose de estiércol! Y es preciso desmentirlo y pasar la esponja de la revolución a las apariencias: por dignidad, pero además por instinto de conservación. Pienso en los "tiempos difíciles", acaso en los "tiempos imposibles" que les esperan a los republicanos para el día del "triunfo", con una España como la que van a recibir de mano de la monarquía y de sus hombres. Los gobiernos dinásticos no fracasan, porque no les queda ya nada por fracasar: quien fracasa en ellos es la República, porque España está acabando de agotar sus horas, y cada una que pase sin resolver su crisis se lleva una posibilidad más de que el régimen nuevo llegue a tiempo de salvar la bandera ya tan encogida y averiada; y colocar a España en actitud de reaccionar contra las causas del vencimiento, reponerse de su quiebra, trasladarse del siglo XV al siglo XX, reincorporarse a la corriente de la historia universal. El tiempo es la partida de más precio de lo que le queda a España de patrimonio. La República tiene en España una misión histórica que no tendrá, verbigracia, en Inglaterra, y su éxito, la eventualidad del éxito mejor dicho, depende, en primer término, de que no tarde más en instaurarse . . . Ahora bien, la historia se está cansando de aguardarnos: por el sólo hecho de tardar la República, aquel ensayo, antes ya de poder intentarse se hace frustráneo. Con el fracaso anticipado del régimen republicano, está acabando de fracasar España".— JOAQUIN COSTA. (De un artículo publicado en "La Publicidad", en 1904, con motivo del primer viaje realizado por Alfonso XIII a Barcelona). . . .